

CAPITULO II

DESPUÉS DE LA DICTADURA

1. El fin de la bipolaridad

Del Club de deudores al plan Brady

Los años '80 se caracterizaron por una gran inestabilidad económica mundial. De pronto, la deuda dejó de ser un problema exclusivo de los deudores. Al estallar la crisis en México, se hizo visible que la situación de los acreedores se caracterizaba por la vulnerabilidad en caso de no cobrar. El panorama pareció ensombrecerse cuando en algunas capitales latinoamericanas empezó a hablarse de un club de deudores que presionara sobre los acreedores en forma de bloque. No obstante, el proyecto no prosperó, y los acreedores retomaron el control de la situación.

Mientras el capitalismo se consolidaba en tres ámbitos principales —Estados Unidos, Japón y Alemania— América Latina sufría las consecuencias del desequilibrio de su balance de pagos. La cuestión de la deuda se agravó ante la duplicación de las tasas de interés, que en gran medida estaba originada en el déficit fiscal de los Estados Unidos. En este marco, se dio una reversión de los flujos de capitales. Los países del tercer mundo enviaron durante la década gran cantidad de fondos a los países centrales.

Además de las altas tasas, los países subdesarrollados comenzaron a soportar una creciente presión de los acreedores que querían cobrar las deudas. La situación mejoró relativamente durante la segunda mitad de la década, cuando los países centrales flexibilizaron su posición. En 1985, el secretario del Tesoro de los Estados Unidos, James Baker, propuso un "Programa de crecimiento sostenido", tendiente a aliviar la situación de la deuda externa. Con el apoyo de los organismos financieros internacionales y de los bancos comerciales se aportarían unos 47.000 millones de dólares a 15 países deudores. El pago de la nueva deuda sería garantizado por el monitoreo del FMI. El Plan Baker no resultó solución, y en 1986 se produjo una nueva crisis latinoamericana, que culminó en febrero de 1987 cuando Brasil declaró una moratoria unilateral.

En marzo de 1989, el nuevo secretario del Tesoro Nicholas Brady propuso un nuevo plan de rescate de los deudores. Con la condición de aplicar planes de ajuste, recibirían apoyo financiero proveniente de Estados Unidos y Japón a través de los mismos acreedores y de las entidades de la

finanza internacional a tasas más bajas, al mismo tiempo que se reprogramaban los pagos de la deuda. Al mismo tiempo, el desarrollo de programas de privatización de empresas públicas permitirían un ingreso de capitales a los países endeudados.

Los precios del petróleo comenzaron a declinar, y esto permitió la recuperación de espacio de los países industriales. Japón se convirtió en un importante exportador de capitales, en buena medida destinados a los Estados Unidos.²

El derrumbe de la URSS

En los años '70, y con la ilusión de las exportaciones de petróleo a altos precios, Leonid Brezhnev vivió el espejismo de equiparar el poderío militar norteamericano. Sin embargo, éste no era otra cosa que el canto del cisne del imperio rojo que, con su invasión a Afganistán de 1979, iniciaba su camino hacia la muerte.

El retraso de la economía soviética, que ya hemos visto cuando tratamos el Marco Mundial de los '70, hacía imposible mantener el enorme esfuerzo militar necesario para sostener la competencia con el imperio capitalista. La producción de alimentos estaba estancada, y el salto tecnológico de occidente en áreas como las comunicaciones, la robótica y la informática incrementaba una brecha que parecía hacerse insuperable.²

Este cuadro se agravó cuando Reagan puso en marcha su iniciativa de defensa satelital, conocida como *Guerra de las Galaxias*. El nuevo presidente norteamericano trasladaba a la acción la estrategia surgida de los diálogos con sus asesores, que consistía en utilizar la mejor arma de que disponía: la superioridad económica.³

Los gobiernos de Yuri Andropov y Konstantin Chernenko, que siguieron a la muerte de Brezhnev, en noviembre de 1982, nada pudieron hacer frente al derrumbe. En la crisis se sumaban al retraso económico la profundización de las desigualdades sociales, la consolidación del burocratismo y la "tercermundización" de la producción. En 1985, con la llegada de Mijail Gorbachov, se inició un nuevo camino. La Unión Soviética anunció que abandonaba el uso de la fuerza como método de relación con el exterior, lo que llevaba a la renuncia a participar en la *Guerra de las Galaxias*, al progresivo abandono de Afganistán, y al aflojamiento del control sobre las *democracias populares* del este europeo. Estas vivían, por entonces, una declinación parecida a la que soportaba la URSS. Al desaparecer la amenaza de una intervención del Ejército Rojo, comenzó el proceso de independización, acompañado del abandono del *socialismo real*.

En Polonia, las huelgas de los astilleros de Gdanz y la aparición del sindicato no comunista Solidaridad, liderado por el católico Lech Walesa, había sido la señal de que las cosas empezaban a cambiar. Los cambios contaban con el apoyo activo del nuevo Papa, el polaco Karol Wojtila, que estaba dispuesto a terminar con el comunismo. La dictadura del general Jaruselsky y su Comité Militar de Salvación Nacional, fue el último intento de frenar lo irreversible mientras, por primera vez, Moscú se limitaba a observar. En Hungría cayó, después de cuatro décadas, el gobierno de Janos Kadar, y la liberalización que siguió, influyó para que los alemanes orientales disconformes con el régimen utilizaran el país para escapar a Occidente. No obstante, los que se quedaron organizaron una gigantesca manifestación que derribó, el 11 de noviembre de 1989, el muro de Berlín, que dividía la antigua capital alemana. Con el muro, cayó Erich Honecker, el líder de la Alemania comunista, y se inició el proceso de unificación. En el mismo año fueron linchados Nicolae Ceaucescu y su esposa. Aquel que a principios de los '70 se insinuara casi como un no alineado, había terminado por encabezar en Rumania una dictadura feroz.

Las siete plagas de la Unión Soviética

Además de la reducción de gastos militares, Gorbachov tenía el propósito de transformar internamente al régimen soviético mediante la aplicación de una reforma institucional, la *perestroika*, y de la transparencia de los actos de gobierno, la *glasnot*. Sin embargo, la hora de la URSS había sonado, y los problemas seguían creciendo. La industria seguía siendo ineficiente y consumía cuatro veces más energía que la que gastaba la industria de Occidente, mientras que el ausentismo laboral se mantenía con grave perjuicio para la productividad. Además empezaron a acumularse las desgracias naturales o no. Mientras los fundamentalistas musulmanes, con el apoyo norteamericano, desgastaban a las avanzadas del ejército rojo en Afganistán y aplicaban a sus soldados prisioneros suplicios medievales, en Chernobil se producía un terrible accidente nuclear que afectó amplios territorios y costo innumerables vidas. En diciembre de 1988 se produjo en Armenia un terrible terremoto. Ese año y el siguiente vieron caer los volúmenes de la cosecha cerealera, a la que acompañaba en su declinación el precio internacional de los hidrocarburos.⁴

Con ese marco, Gorbachov avanzó en la renovación de la cúpula política con una inesperada facilidad. El aparato del PCUS aceptó la disolución del partido más numeroso del mundo sin protestas, y sus 21 millones de afiliados salieron de un día para otro del escenario político. Ni la policía, ni el Ejército, ni siquiera la poderosísima KGB pusieron obstáculos a las reformas. Lo que parecía la indestructible organización del imperio tecnoburocrático se disolvió demostrando que no era más que una súper estructura sostenida por la costumbre. Sin embargo, las mayores dificultades que sufrían los cambios propuestos surgían de una población, acostumbrada a ser conducida sin opinar y, al mismo tiempo, a contar con seguridades sociales que estaban garantizadas en todos los aspectos de la vida.

A la *perestroika* y la *glasnot* siguió el resurgir de las nacionalidades. El aparato stalinista había aplastado por décadas las diferentes identidades, tanto dentro como fuera de la Unión Soviética. La crisis y la caída de los niveles económicos provocaron conflictos como las huelgas que estallaron en Ucrania y en Siberia. Los países bálticos, Estonia, Letonia y Lituania, reclamaron —y obtuvieron— la independencia que alguna vez habían tenido. Este fue el primer paso de la desagregación de la antigua Unión, a la que seguirían las restantes repúblicas soviéticas. En agosto de 1991 cayó Gorbachov. Se iniciaba el segundo paso de la transformación, y casi inmediatamente se disolvió la monolítica URSS, que fue reemplazada por una Comunidad de Estados Independientes de lábiles lazos. No sería el final. El estallido de los nacionalismos tanto tiempo aplastados produjo conflictos en la región del Cáucaso entre Armenia y el Azerbaijón de cultura turca, y en la misma Rusia, república federal integrada por diversas nacionalidades, apareció la resistencia de los chechenos independentistas de religión islámica, que se convertiría en una nueva guerra irregular en la que la misma Moscú se vería sacudida por violentos atentados terroristas.

En la que había sido el área socialista de Europa Oriental, se sucedieron las desintegraciones de Checoslovaquia, dividida en las repúblicas Checa y Eslovaca, y de la muy artificial Yugoslavia, en la que renacerían los conflictos armados entre serbios y croatas. Estos culminarían con la guerra de Kosovo, en que se sucedieron las masacres de albaneses y serbios, con intervención de los Estados Unidos convertidos en el gendarme del mundo.

Efectivamente, el hundimiento del imperio comunista dejó el mundo al arbitrio de una única superpotencia, los Estados Unidos, que se lanzaron a asumir el rol de supervisores del mundo entero, cosa que hicieron sin utilizar métodos benevolentes.

China, la otra gran potencia socialista, también se encaminó hacia las transformaciones. Sin cambiar su régimen político, Pekín estableció una economía de mercado en algunas regiones. Esta liberalidad facilitó en 1997 la recuperación de Hong Kong, que mantendría su sistema económico. El gigante asiático emergía en los mercados mundiales con su condición de enorme mercado de consumo y de poderoso exportador. Sin embargo, los cambios no fueron gratuitos. En 1989, los estudiantes que pretendían la liberalización política fueron violentamente reprimidos.

La globalización, el Consenso de Washington y las aventuras del sheriff mundial

Las últimas décadas del siglo conmovieron al mundo con sus vertiginosos adelantos tecnológicos en campos como la informática y las comunicaciones. Estos, y las nuevas formas de organización empresarial, facilitaron una nueva etapa de integración de los mercados mundiales, hasta el punto de permitir que se concretara en los hechos lo que había anticipado décadas antes Marshall McLuhan con el nombre de "global village" (aldea global). Había llegado la globalización.⁵

Tal globalización se producía en un momento de fuerte influencia del mercado financiero internacional, y en una economía caracterizada por los ágiles movimientos de capital. Nacía la "economía virtual" o "economía casino"⁶, la que se caracterizaría por novedades como el lavado de dinero o los llamados "paraísos fiscales", y fenómenos como la concentración de capitales en pocas manos que, al mismo tiempo, establecían monopolios de poder incontrastable.⁷ En el nuevo esquema los Estados Unidos, ahora potencia única, se convirtieron en el motor del sistema económico mundial, basado en su creciente mercado interno, pese a que sus cuentas fiscales y su comercio exterior vivían en permanente estado de déficit.⁸

Washington se había convertido también, en el centro emisor del discurso neoliberal, que comenzaba a transformarse en pensamiento único con la ayuda del derrumbe del "socialismo real" y con el desprestigio de las recetas keynesianas. Las consecuencias sociales no parecían tener importancia, aunque el presidente Reagan había afirmado que había que alimentar abundantemente al caballo para que cayeran del morral las semillas con que se alimentarían los pájaros. Tal pensamiento se concretaría en el Consenso de Washington que estableció las nuevas tablas de la ley:

- Control del gasto público y disciplina fiscal.
- Liberalización del comercio y del sistema financiero.
- Fomento de la inversión extranjera.
- Privatización de empresas públicas.
- Desregulación y reforma del Estado.

Entre las consecuencias de la nueva orientación general se destacaron la contracción de las economías y un fenómeno de terribles consecuencias sociales: la desocupación. Los países particulares no querían quedar a la intemperie frente al nuevo panorama que se presentaba y se hicieron comunes los intentos de integración regional. Lo que alguna vez había sido un Mercado Común Europeo integrado por media docena de países se convirtió en una Comunidad Económica que abarcaba prácticamente la totalidad del viejo continente y que llegó hasta la programación de una moneda común.

Estados Unidos propició una unidad económica con sus vecinos Canadá y México, el NAFTA. El Asia, con Japón a la cabeza, pero también con los llamados "tigres", es decir con las economías emergentes de Corea, Taiwan y otros estados menores, pasó a tallar fuerte en los mercados mundiales. En América del Sur, Argentina y Brasil avanzaron, después de décadas de ensayos fallidos, hacia una integración que incluía al Paraguay y al Uruguay, y que miraba hacia los otros vecinos como Chile y Bolivia. Era el Mercosur.

Al alcanzar el fin de siglo los países más ricos, donde vivía el 20% de la población mundial, acumulaban un 80% del consumo, mientras que los más pobres, o sea el 60% de la población sólo alcanzaba el 6% del consumo. "Igualmente, con el fin del Estado de Bienestar creció ... la pobreza y se acentuó la concentración regresiva del ingreso en los países desarrollados. Muchos de estos abandonaron las políticas de pleno empleo, redujeron recursos financieros destinados a los más pobres y dismantelaron redes de protección social."⁹ No es de extrañar que, ante este panorama los países europeos hayan asistido a un rebrote de la socialdemocracia —aunque sin que los gobiernos

socialdemócratas abandonaran el camino neoliberal establecido— y a un resurgir de los sectores neofascistas.

La nueva crisis de México de 1995, que produciría el llamado "efecto tequila" al expandirse por el Mundo, fue un síntoma de que el camino elegido no era suficientemente seguro. De todos modos, entre el FMI y los Estados Unidos se tomaron medidas que contuvieron tal expansión. En julio de 1997 entró en crisis uno de los "tigres asiáticos", Tailandia, que arrastró en su caída a toda la región. Los efectos se desparramaron por los cinco continentes y llegaron con fuerza a América Latina, especialmente a Brasil y la Argentina. Al año siguiente se sacudió Wall Street, impactando sobre Japón.

En el plano político, Estados Unidos se lanzó a la tarea de disciplinar al planeta. Sus ataques de 1990 y de 2003 contra Irak y su intervención, esta vez con la aprobación de la OTAN, en Kosovo, lo convirtieron en el gendarme de la aldea global.

Los fracasos del pensamiento único produjeron reacciones inesperadas. Ante la reunión de los ricos del Mundo en Davos en 1999, aparecieron los grupos llamados antiglobalización, que reiteraron su presencia en Seattle, en la siguiente reunión. A su vez, los economistas ortodoxos Jeffrey Sachs y Joseph Stiglitz salieron a denunciar los errores de la política del FMI.

2. La nueva política

Grupos económicos y partidos populares

Los partidos políticos mayoritarios se aprestaban a la vuelta a la democracia con optimismo. Eran conscientes de lo difícil de la situación, pero se suponía que un accionar adecuado permitiría superarla. Los antecedentes, de los que el más cercano era el de 1973, les hacían pensar que en lo político se trataba de enfrentar, neutralizar o encauzar a las debilitadas Fuerzas Armadas.

Sin embargo, las profundas transformaciones estructurales en el campo económico social habían cambiado profundamente las relaciones de poder, y la nueva etapa estaba mucho más amenazada por los acreedores externos y por los grupos económicos nacionales o extranjeros instalados en el país.

Señala Eduardo Basualdo que "la terminación de la dictadura plantea a los sectores dominantes un desafío de notable trascendencia que consiste en la manera de llevar a cabo, ahora bajo un régimen constitucional, un control político que posibilite el desarrollo del nuevo patrón de acumulación. Se trata de un problema crucial para el afianzamiento de los sectores dominantes porque ya no podían recurrir a la dictadura pero tampoco, debido al carácter excluyente del proceso económico, se podían plantear como objetivo el consenso social basado en la incorporación de algunas de las restantes fracciones sociales.

En este sentido, todo parece indicar que, agotada la represión e interrumpida la industrialización sustitutiva, la opción de los sectores dominantes fue avanzar en la redefinición del sistema político y de la sociedad civil mediante una estrategia negativa que continúa la tarea dictatorial, pero a través de otros medios. Es negativa porque no pretende construir consenso sino impedir la organización de los grupos subalternos, inhibiendo su capacidad de cuestionamiento. Sin embargo, ya no se trata de hacerlo mediante la represión y el aniquilamiento sino mediante un proceso de integración de las conducciones políticas y sociales de los sectores populares. De esta manera, los sectores subalternos son inmovilizados no pudiendo generar una alternativa política y social que cuestione las bases de sustentación del nuevo patrón de acumulación."¹⁰